

octubre de 1665. Por fin, en enero de 1666, el rey fué á ver á la reina madre de Inglaterra que se hallaba en París.

«Le rogué únicamente, ha referido, que manifestara al rey su hijo que, dada la estimación que le profeso, no podría yo tomar sin pena la resolución á que estaba obligado por el empeño de mi palabra. Lo cual pareció tan honrado á aquella primera, que no sólo se encargó de transmitirle el recado, sino que, además, creyó que su hijo debía estar de ello agradecido.»

Luis XIV sabía dar á una declaración de guerra la forma de un cumplido, lo que no era óbice para que tuviera «en Irlanda pensionados para hacer sublevar á aquellos católicos contra los ingleses» ni para que prometiera á republicanos ingleses dinero «para dar vida al partido de Cromwell.» «Es menester, decía, molestar á nuestros enemigos por todos lados.» Por lo demás, en la guerra se comprometió lo menos posible, y su flota, por causas que no fueron enteramente fortuitas, no se juntó con la holandesa, que ganó una batalla en junio y perdió otra en agosto de 1666; toda su atención tenía puesta en el ataque que proyectaba contra España.

Hallábase España gobernada, durante la menor edad de Carlos II, por la vienesa María Ana de Austria, mujer de treinta años, obesa, rubia, «más blanca que la nieve, más brillante que los astros,» glotona, perezosa y devota. No quería á los españoles, y de su confesor, el alemán Nithard, oficial de caballería convertido en jesuita, tan versado en escolástica como ignorante en política, hizo un consejero de Estado, un inquisidor general y un primer ministro.

Duraba todavía la guerra entre España y Portugal, y un agente del emperador, el franco-contés Lisola, político habilísimo y gran adversario de Francia, trabajaba por reconciliar á los dos Estados; mas como los portugueses querían tratar con España sobre un pie de igualdad, «de corona á corona,» la regente María Ana, después de haber consultado con todos los consejos, negóse á acceder á tal pretensión. Estas negociaciones ocuparon los últimos meses de 1665 y todo el año siguiente, y durante este tiempo, el arzobispo de Embrún hablaba en Madrid de una buena alianza con Francia, mientras Saint-Romain, en Lisboa, preparaba un tratado de alianza entre Francia y Portugal contra la propia España. Este tratado firmóse en 31 de marzo de 1667 y por él Portugal se obligaba á proseguir la guerra mediante un subsidio anual de un millón ochocientos mil libras, que se reduciría á un millón así que Francia hubiese atacado á España.

Inglaterra instaba al emperador á que se declarase contra las Provincias Unidas y, por consiguiente, contra Francia. Unir á España, Inglaterra y al emperador, era la política de Lisola. Ahora bien: Leopoldo había adquirido el derecho de pretender á la sucesión española, ya que en su contrato de matrimonio con la segunda infanta María Teresa, firmado en 1663, Felipe IV no había exigido la renuncia de su hija, y antes al contrario había reconocido, en su testamento, el derecho de suceder, en el caso de que el infante don Carlos muriese sin heredero varón. La infanta, que había permanecido en España, pues sólo contaba doce años cuando el contrato se firmó, fué enviada á Viena

en julio de 1666. Leopoldo tenía, por consiguiente, motivos sobrados para seguir el consejo de Lisola; pero como sentía aversión por las grandes empresas, no quiso comprometerse con Inglaterra mientras España no se decidiera á ingresar en la liga; era tan pobre, que pedía dinero á la pobre España.

La corte de Francia intentó apartar de aquella política al emperador, por medio de un proyecto que, presentado, abandonado, vuelto á presentar, corregido y vuelto á corregir, había de ocupar la atención de Europa hasta el fin del siglo y aun después. Los electores eclesiásticos del Rin pensaban con temor en una guerra entre Francia y el emperador de la cual necesariamente habrían de resultar perjudicados sus territorios, y en 1664, previendo una empresa de Luis XIV contra los Países Bajos españoles y que el emperador quisiera ayudar á España, lo que no podía hacer sin atravesar sus tierras, habíanse ingeniado para encontrar un arreglo entre Luis XIV y Leopoldo para el reparto de la sucesión. El monarca francés les había dejado entablar negociaciones en Viena, pensando que, en último resultado, la negativa del emperador á oír aquellas proposiciones le atraería «el disgusto de los intermediarios;» y después de la muerte de Felipe IV, de Lionne, que gustaba de entretener el tiempo, pareció interesarse en el negocio poniéndolo en manos de un personaje intrigante, Guillermo de Furstenberg, consejero confidente del elector de Colonia; pero aquella idea singular y dificultosa no agradó. Tampoco Francia se interesaba mucho por ella, y tanto es así que Lionne, cuando supo en febrero de 1667 que el emperador no quería consentir en ningún reparto, opinó que era aquella una «buena noticia.»

Lionne siguió trabajando en Alemania, mas no en todas partes logró lo que se proponía. De Sajonia, cuyo elector, hombre mediocre, mostrábase exigente en demasía, nada obtuvo; y en Baviera, aunque el partido francés comenzó á ganar terreno, no pudo romperse el lazo de unión con Austria. En Brandeburgo, Lionne insistió y el rey envió á la electora un regalo, consistente en un hilo de perlas comprado en Amsterdam por diez mil escudos y una cámara que «bien valía cien mil francos;» por esto, cuando al año siguiente el elector se lamentó de no participar en proporción bastante de las mercedes del rey, Lionne exclamó asombrado: «No sé si el elector cree que no es nada lo que se ha dado á su esposa.» Los ministros de Brandeburgo percibieron también cantidades respetables. Pero á pesar de todo ello, Federico Guillermo se negó á contraer nuevos compromisos con Francia. En otras partes, la diplomacia francesa logró éxitos mejores: en julio de 1666, el duque de Neuburgo prometía, mediante subsidios, impedir que el emperador socorriese á los españoles de los Países Bajos; el mismo compromiso aceptaban el elector de Colonia en 1666, el elector de Maguncia, aunque con ciertas reservas patrióticas, en febrero de 1667, y el obispo de Múnster en mayo del mismo año. De este modo fueron levantándose vallas en el camino del emperador.

En el entretanto, Luis XIV había «preparado sus armas.» Su diario, en la fecha de 4 de junio de 1666, lleva la siguiente nota de un secretario:

«Por la noche, al acostarse, nos dice Su Majestad

que, desde hacía dos años, había hecho fundir en el reino mil seiscientos piezas de cañón...; que, además, le habían fundido seiscientas en Dinamarca...; que le habían traído los planos de todas las plazas fuertes de Flandes, y que había enviado á un segundo individuo para comprobar el dictamen del primero.»

Y él mismo escribe en ese diario, en abril de 1667: «Continúo mis preparativos para la guerra en todos sentidos, según el éxito de los tratados comenzados.» Europa esperaba alguna acción extraordinaria de su parte, y á este propósito escribe él la siguiente nota: «Toda la tierra en inquietud.» Quiso admirar personalmente el espectáculo de su fuerza, y la revista que pasó en Mouchy, cerca de Compiègne, fué tan brillante que la *Gazette de France* la calificó de una de las acciones más «ostentosas.» Había distribuidos diez mil infantes y ocho mil caballos entre varias ciudades del reino, en donde «no eran necesarios,» y más de veinticinco mil infantes entre las guarniciones de la frontera; añadiendo á esas fuerzas los guardias franceses y suizos, llegábase al total de setenta y dos mil hombres (1). «El pretexto de la guerra marítima» excusaba sus preparativos, y en las ciudades cercanas á Flandes acumulábase provisiones. Louvois enviaba memoria tras memoria al rey, el cual iba adquiriendo confianza: «Lo que más seguridad me infundía en mis empresas era el tener un estado exacto de mis tropas, de su alojamiento, de su número, y sobre todo esto yo mismo destinaba la distribución que de ellas quería hacer, según las resoluciones que en adelante quería yo adoptar.» Estudiaba la próxima campaña: «Razonamientos sobre mi mapa; aplicación continua á fin de capacitarme para la guerra.» Por lo demás, veía que la partida que iba á empeñar no pasaba de mediana, pues España está «desprovista ahora de todo.»

En cuanto se consideró debidamente preparado, pensó que si aguardaba el fin de la guerra entre las Provincias Unidas é Inglaterra, podría suceder que los holandeses no se acordasen ya «de sus beneficios.» En el momento en que esperaba una nueva batalla naval, en los primeros días de mayo, Luis XIV enviaba á Madrid el *Traité des droits de la Reine très chrétienne sur divers Etats de la monarchie d'Espagne (Tratado de los derechos de la Reina cristianísima sobre varios Estados de la monarquía de España)*, y el 24 de aquel mismo mes entraba en Flandes.

V.—La guerra; la paz de Aquisgrán

En aquel *Tratado* se invocaban, en contra de la renuncia, la justicia y la naturaleza; las autoridades romanas y españolas, el derecho humano y el derecho divino: «En ella, el interés borró el amor; la ambición ha destruído la justicia; la autoridad ha suprimido la libertad y el dolo ha ocultado el derecho; ella hiere la naturaleza, la justicia y la religión y aún puede decirse, con gran apariencia de razón, que ha herido el corazón del difunto Rey Católico.» Esta última afirmación apoyábase en una prueba extraña: el difunto rey dejó de

(1) El general Grimoard (*Oeuvres de Luis XIV*, III, pág. 32) escribe que el rey publicó en 1667 y en 1672 efectivos deliberadamente exagerados; el estado real sólo lo conocían él y el secretario de Estado de la guerra.

pagar intencionadamente la dote de su hija, á fin de que la renuncia fuese nula, es decir, «desautorizó como padre lo que como soberano había hecho, y si había sacrificado á esa ilustre criatura como súbdita, quería libertarla como hija.» En conclusión, Luis XIV reclamaba el Brabante, el marquesado de Amberes, Limburgo, el señorío de Malinas, la Alta Güeldres, el condado de Namur, el de Artois, el ducado de Cambrai, el condado de Hainaut, una tercera parte del Franco Condado y la mitad del Luxemburgo.

Lionne envió al arzobispo de Embrún aquel documento, que había hecho traducir al español por miedo de que los «Padres conscriptos del Consejo de Estado» de España no entendiesen ni el francés ni el latín, y decíale al embajador: «He aquí un cambio de escena que va á meter ruido en vuestra corte; por el despacho del rey veréis lo que Su Majestad espera de vos en esta ocasión; lo demás depende de la resolución de los señores Sátrapas que no se verán, quizás, poco apurados, para adoptarlo.» Al recibir ese despacho, quedó el obispo sorprendido; su corte le había engañado á él mismo en las cartas anteriores, y algunos días antes, hablando con el duque de Alba, habíase él burlado de las alarimas de Castel Rodrigo, el gobernador de los Países Bajos, «que no pensaba, había dicho el duque, en otra cosa que en sacar dinero con los falsos rumores de guerra.» El arzobispo pidió una audiencia á la reina y comenzó por explicar á ésta que el rey, su señor, veíase obligado á hacer «alguna demostración de guerra,» pero que Su Majestad «había adoptado sus resoluciones con intenciones pacíficas,» y luego anunció la próxima entrada de las tropas en Flandes. La reina le escuchó, según él mismo dice, «con singular atención, empuñando su abanico, que unas veces agitaba y otras apoyaba en los sitios que le eran más sensibles.»

Menudearon en Madrid las consultas y en 21 de mayo la regente manifestó al rey su gran sorpresa y pidió que el fallo sobre los supuestos derechos de la reina de Francia se encomendase á una conferencia. Luis XIV no contestó hasta el 14 de julio; no había podido hacerlo antes, escribió Lionne al embajador, «á causa de la atención extraordinaria que concedía á las victorias de sus armas,» es decir, que no había podido contestar á la reina de España porque estaba ocupado en apoderarse de sus ciudades. La corte de Madrid, en tanto, buscaba aliados y dinero. El arzobispo de Embrún divertíase con ese espectáculo, pero habiéndosele advertido que cesaba su ministerio, mostró gran sorpresa, pidió que le dijese «algo de los motivos de su despedida» y manifestó á un ministro que esa despedida era una «positiva declaración de guerra de parte de España.» «Demostraréis ser un gran retórico, respondióle el ministro, si lográis infundir ese sentimiento en el espíritu del mundo... Es como si un hombre me hubiese robado la capa y me sostuviese que no me había causado ningún perjuicio.» El día 14 de julio la regente declaró la guerra. Decíale al embajador que hasta «las vendedoras de hierba» se asombraban de su presencia, y que era de temer que el pueblo se amotinara contra él; á lo que aquél contestaba «que un embajador del rey de Francia está asegurado bajo su protección en todo lugar,» y que quería «salir de esta corte ostentadamente.» Al fin salió el día 6 de

agosto: «Mi suizo iba á caballo delante de mis mulas cubiertas con hermosas mantas bordadas con mis armas, á las que seguían mis escuderos y mis pajes con mis caballos, y mis lacayos alrededor de mis carrozas y de mi calesa, detrás de la cual formaban escolta veinte jinetes.»

El 10 de mayo, Turena se había hecho cargo del mando de cincuenta mil hombres formados detrás del Somma; el rey salió de Saint-Germain el 16 y llegó á Amiéns el 21. Un cuerpo de ocho mil hombres, al mando del mariscal de Aumont, fué á proteger el espacio comprendido entre el Lys y el mar; otro, casi de igual fuerza, marchó á vigilar por el lado de Alemania, y el resto, á las órdenes del rey, asesorado por Turena, era el ejército de conquista.

Los españoles, decía el rey, «carecían principalmente de hombres de guerra.» El marqués de Castel Rodrigo, desde que en 1664 había tomado posesión del gobierno de los Países Bajos, había esforzado en ponerse en estado de defensa y durante todo el año 1666 había advertido á Madrid el peligro que veía aproximarse. Madrid parecía no hacerle caso, y en vista de ello el marqués escribió en mayo de 1667: «Si los franceses atacan esta primavera, no veo cómo puedan salvarse estas provincias, si no es por un milagro.» Como no tenía más que veinte mil hombres diseminados en tantas plazas, ordenó el desmantelamiento de algunas de éstas; en el de Armentieres se estaba trabajando cuando llegaron allí los franceses.

La campaña fué dirigida con extremada prudencia (1). El primer propósito había sido marchar sobre la capital de los Países Bajos, Bruselas, y el ejército principal ocupó, en 2 de junio, Charleroi, que Castel Rodrigo había abandonado después de arruinarla; las fortificaciones fueron reparadas y se dejó una guarnición en aquella plaza, importante por su situación junto al Sambre, á igual distancia de Mons y de Namur. La artillería y los víveres se enviaron á Brabante. El rey pensaba ir á Bruselas, pero Turena opinaba que si la caballería era buena, la infantería, tan indispensable en los sitios, era «enteramente novicia y no convenía, por consiguiente, emplearla en un asedio largo y difícil.» Tal vez si no hubiese llevado consigo al rey, habría obrado más osadamente. Aconsejó, en cambio, el ataque de Tournai, porque la victoria «segura y fácil» animaría á las tropas, y al efecto el mariscal de Aumont, que había tomado Bergues y Furnes, y un cuerpo de loreneses, que el rey había obtenido, mediante amenazas, del duque de Lorena, recibieron orden de encontrarse delante de aquella plaza. De Aumont, los loreneses y el rey llegaron todos, con unas horas de diferencia, el día 21; el 22 abrióse la trinchera, en la noche del 23 al 24 los habitantes pidieron capitulación, el 25 entregóse la ciudad y el 26 el castillo. Aquel mismo día quiso el rey dirigirse á Cambrai, «á fin, dice, de que la noticia del segundo sitio fuese llevada al mismo tiempo que la primera;» pero como aquella operación significaba avanzar demasiado de prisa hacia el Norte, resolvióse poner cerco á Douai, para enlazar Tournai con los territorios del reino. Cuando el

(1) Sir William Temple ha dicho de la campaña de 1667: «En resumen, jamás campaña alguna fué quizás peor conducida á causa de la falta de orden aquí (en los países españoles) y de audacia en los franceses.»

rey llegó delante de aquella ciudad, en 2 de julio, no había en ella más que ciento veinte caballos y setecientos infantes; cuatro días después, Douai capituló. De nuevo quería el rey atacar Courtrai; más habiéndole Turena objetado que las tropas estaban fatigadas y que una plaza de tan mediana importancia no merecía que la atacase él en persona, fué á tomarla el mariscal de Aumont: «Le ordené, dice el rey, que fuera á atacar Courtrai, que no era digna de mi presencia.» La ciudad capituló el 18 de julio y entonces el rey fué á Compiègne á buscar á la reina, á fin de presentar á las ciudades conquistadas su legítima soberana. Cuando la reina se hubo marchado, reanudáronse los asedios, capitulando Lila en 17 de agosto, después de un ataque de diez y siete días que fué la primera gran acción de Vaubán. Un ejército de socorro mandado por Marcin, un ex partidario de Condé, llegó demasiado tarde y en su retirada fué derrotado cerca de Brujas. Después, metióse el tiempo en lluvia, y esto y el cansancio de las tropas hicieron que se diese por terminada la campaña, no sin antes haberse apoderado Turena de Alost.

Aquel acto de fuerza, que tan buen éxito había tenido, alarmó á Europa. En Viena, el emperador había palidecido al recibir la noticia de la invasión de los Países Bajos, y se censuró al embajador de Francia, Gremonville, por la habilidad con que había mentido, dando una y otra vez seguridades pacíficas. El elector de Maguncia separóse de la alianza francesa, en la que había sido engañado; el de Brandeburgo se preocupó de sus territorios del Rin, y un libro que se publicó en Francia con el título de *Des justes prétentions du Roi à l'Empire* (*De las justas pretensiones del rey al Imperio*), libro lleno de gloria y de orgullo, indignó á los lectores alemanes. En Suecia, todo un partido preparaba la defección de la antigua aliada.

En Holanda, la campaña de los franceses en Flandes había causado gran emoción y, según escribía de Estrades, los holandeses temían que «su República se perdiese en un par de años.» Decíase que las Provincias Unidas no serían muy pronto «más que una provincia marítima de Francia,» paralizadas como estaban por la guerra que sostenían contra Inglaterra; pero en junio de 1667 los holandeses alcanzaron una gran victoria naval, penetraron en el Támesis y, llegando hasta los astilleros de Chatham, situados junto al Medway, incendiaron una flota inglesa. Al mes siguiente, firmaron la paz en Breda. Quejábanse los holandeses de la escasa ayuda que les había prestado Francia, y efectivamente en 1667 la flota francesa no auxilió á la de los Estados generales, como no la había auxiliado tampoco el año anterior; y el rey, aunque públicamente se jactaba de haber cumplido la palabra que diera á sus aliados, con los ingleses vanagloriábase de no haber hecho casi nada por los holandeses: «Su Majestad, decía en 1667 su embajador en Londres, ha enviado su flota á unas bodas... y la declaración de guerra ha sido sólo un pergamino.»

Entretanto, Castel Rodrigo demandaba socorro, pero en España todo se reducía á una subscripción nacional y á una rebaja en los sueldos. Habría sido preciso llegar á toda costa á una inteligencia con Portugal, pero el consejo de la regente negóse á ello por unanimidad. Lisola intentó sublevar Europa, y como respuesta al *Tratado de los derechos de la reina* publicó la *Defensa*



ENTRADA DE LUIS XIV, REY DE FRANCIA, Y DE LA REINA MARÍA TERESA EN DOUAI, AGOSTO DE 1667
(Cuadro de Adam-Frans Van der Meulen, 1632-1699, existente en el Museo Nacional del Louvre)

de Estado y de justicia, en que volvía en contra de Francia la acusación, tan á menudo lanzada por ésta contra la casa de Austria de «aspirar á la monarquía universal,» reivindicaba para la monarquía española el honor de ser el «baluarte de todas las demás,» con que se había Francia engalanado, se burlaba de la sutileza jurídica que había servido de pretexto de conquista á Luis XIV, y terminaba diciendo:

«El único remedio es abrazar prontamente máximas propias para contrariar las suyas (las de los franceses); ellos tienen un reino unido en todas sus partes; unamos, pues, nuestras voluntades y nuestras potencias. Su reposo estriba en nuestra perturbación; busquemos nuestra seguridad en la humillación de su orgullo.»

Pero Europa no hizo caso, al pronto, de aquel llamamiento: en Inglaterra, Carlos II parecía dispuesto á aliarse con Luis XIV contra Holanda, y el emperador, temeroso de los húngaros, de los turcos, de los príncipes alemanes, que sabía estaban unidos á Francia, y del triunfo de una candidatura francesa al trono de Polonia, se empeñó en una negociación singular. En 26 de octubre, su embajador en Francia había dicho en «una fiesta orgiástica» «que al presente se encontrarán en Viena mejores disposiciones que antes para negociar un tratado eventual;» y Lionne, al trasladar aquellas palabras á Gremonville, le rogó que viera «si habría medio de dar un gran golpe que sorprendiera muy agradablemente á toda la cristiandad.» Gremonville era uno de los mejores agentes del rey, muy conocedor de los negocios, inteligente, osado y muy aficionado precisamente á los «grandes golpes;» conocía al dedillo la corte de Viena, lo mismo al emperador que á sus ministros, y había logrado impedir los preparativos de guerra que Leopoldo había tenido la veleidad de ordenar. Por esto Lionne le había escrito: «El rey opina que sois el ministro más descarado de la tierra (y con esto Su Majestad os otorga la mayor alabanza que podáis desear) por haberos metido en la cabeza evitar, con vuestras persuasiones y amenazas, que un emperador, sucesor de todos los Césares, se atreva á efectuar nuevas reclutas para sus tropas.» Apenas hubo recibido el encargo de Lionne, Gremonville reanudó sus trabajos para el tratado eventual, engañó á los ministros y consiguió que el emperador iniciara, en diciembre, las negociaciones. La muerte del pequeño archiduque Fernando, acaecida en 13 de enero de 1668, fué una circunstancia favorable á sus propósitos, pues habiendo declarado los médicos que la emperatriz no tendría más hijos, con lo que se debilitaban los derechos del emperador á la sucesión de España, Leopoldo pensó que más valía asegurarse una parte de esa sucesión que perderla toda, y, en su consecuencia, firmó en 19 de enero un tratado de reparto que le adjudicaba la porción mayor, al mismo tiempo que señalaba otra no pequeña á Francia. Ésta, mediante aplicación del derecho de devolución, recibiría Cambrai, el Cambrésis, Douai, Aire, Saint-Omer, Bergues, Furnes y, además, el Luxemburgo ó el Franco Condado, y en el caso de que el rey de España muriese sin descendiente varón, tendría los Países Bajos, el Franco-Condado, Navarra y sus dependencias, los reinos de Nápoles y Sicilia, con sus dependencias é islas adyacentes, los presidios de Africa y las Filipinas orientales. ¿Cuáles eran las verdaderas intenciones de esos dos cuñados que de este mo-

do se repartían la sucesión del otro cuñado? No es posible saberlas, pero lo que sí es cierto es que Luis XIV había dado un «hermoso golpe,» puesto que el emperador le reconocía un derecho á la sucesión de España, con lo que confesaba que tenía por nula la renuncia. Leopoldo se obligaba á permanecer neutral entre España y Francia, sucediera lo que sucediese.

Al mismo tiempo Lionne obtenía otro triunfo en el congreso de los príncipes alemanes reunidos en Colonia, ante el cual formuló una petición para que se permitiera pasar por el Imperio un cuerpo de tropas que el rey proyectaba enviar á Polonia. Como había advertido á sus auxiliares que se trataba de una superchería y que era preciso votar en contra, la petición fué denegada; pero el congreso, por otra parte, se comprometió á no consentir que se enviasen á los Países Bajos tropas imperiales.

Era menester atraerse nuevamente al elector de Brandeburgo, el cual, aunque había dispensado una buena acogida á los enviados de Castel Rodrigo, hallábase en aquel entonces preocupado sobre todo por la elección real de Polonia, para cuyo trono apoyaba él la candidatura del duque de Neuburgo. Francia seguía patrocinando la candidatura de Condé ó de su hijo Enghien; mas como no esperaba que ese proyecto prosperase, lo abandonó, obteniendo, á cambio de ello, un tratado por virtud del que el elector se obligaba á no permitir el paso de las tropas imperiales.

De Witt, conociendo la impotencia de Europa, comprendió que era necesario sacar el mejor partido posible de las circunstancias y pedir á Luis XIV que limitase él mismo sus pretensiones, ofreciendo, en caso de llegar á una inteligencia con el rey respecto de las condiciones de un tratado, unirse á él para imponerlas á España. Y como el rey rebajó mucho las pretensiones que había formulado á guisa de conclusión en el *Tratado de los derechos de la reina*, pudo venirse á un acuerdo para arreglar el conflicto presente; pero queriendo de Witt, consecuente con su idea fija, una garantía que le asegurase contra ulteriores proyectos del rey, Luis XIV se negó á hacer la promesa que le pedían, «pues no puede suponerse á Su Majestad capaz, escribía Lionne, de cometer tan grande falta como sería atarse eternamente de manos.» En 22 de diciembre de 1667, Lionne escribía á de Estrades que «había que suspender toda clase de negociaciones» y que se adoptarían «en otras partes las medidas necesarias.»

También de Witt adoptaba las suyas. Suecia parecía dispuesta á entenderse con él, y el conde sueco Dohna, enviado á La Haya bajo pretexto de negociaciones de comercio, recibió orden «de entrar en todas las relaciones que pudiesen contraer Inglaterra y Holanda en favor de España;» de Witt trabajaba en estas «relaciones.» El rey Carlos de Inglaterra seguía escuchando con placer las proposiciones de Francia, que le ofrecía, si quería firmar con ella una alianza ofensiva contra Holanda, ayudarle á conquistar las Indias españolas; pero la embajada holandesa en Londres encontró amigos en el Parlamento, en donde intrigaba Lisola. Además, la conducta de Carlos II tenía alarmada á la opinión inglesa, y varios desastres sucesivos, tales como la peste de 1665, el incendio de Londres en 1666 y la victoria conseguida por los holandeses en el Medway, habían sido estimados por los puritanos como signos